

## La voz de Manolito

Antonio Muñoz Molina

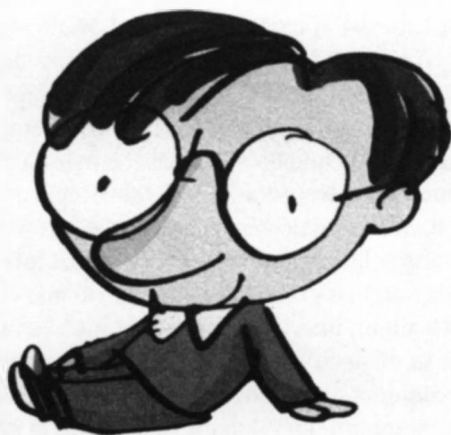
**P**ara empezar, Manolito Gafotas es esa cosa tan antigua y tan elemental de la literatura, una voz que nos habla, que empieza a hablarnos y nos seduce desde las primeras palabras que nos dice, no tanto con la promesa de la historia que va a contarnos, sino con la pura naturalidad de su tono, con la sugestión inmediata y poderosa, y sin embargo nada arrogante, de una voz que atestigua una existencia humana. Antes de la literatura fueron los cuentos que nos contaban nuestros mayores, los cuentos anónimos que no necesitaban ser escritos para mantener su integridad narrativa. Y cuando surge la literatura, lo que hace, más sofisticadamente, es repetir por escrito esa seducción, o intentarlo, es invocar el juego doble de la presencia, no sólo la presencia de quien cuenta, sino la del que escucha, porque escribir puede tener el prestigio de una tarea solitaria, pero nadie cuenta para no ser escuchado, ninguna voz, a no ser la del delirio, habla para nadie. Por eso el cuento implica siempre un oyente, sugiere su cercanía inmediata. Empieza a hablar el Lazarillo: «Pues sepa V. M. ante todas cosas que a mí me llaman Lázaro de Tormes...». Y otro de los grandes cuentos de la literatura, el de la cacería de la ballena blanca *Moby Dick*, comienza con otra apelación igual de directa al oyente: «Llamadme Ismael».

A mí una de las cosas que me intriga de Manolito es esa segunda persona a la que él le habla, y de la que no sé nada, aunque la imagino no como un «tú» abstracto y general, sino como alguien muy concreto, porque Manolito, aunque sea tan charlatán, no creo que hable a solas. Le habla a alguien desde la primera página del primer libro de sus aventuras, a un adulto, seguro, un adulto lleno de paciencia, callado siempre, que le escucha casi siempre atento y también a veces un poco amodorrado por tantas palabras, por la inventiva verbal incesante de ese niño que no necesita vivir en una casa más grande ni en un barrio más cuidado o más céntrico, pero que no podría vivir sin un interlocutor, y sin un interlocutor callado y paciente, eterno, tan perenne en su escucha como Manolito en su monólogo, alguien en la sombra que puede ser cualquiera y que, por lo tanto, muchas veces pienso que soy yo.

Manolito, literalmente, es esa voz, la suya, que no se parece a la de nadie, y que cada lector piensa que le habla concretamente a él, aunque le hable a un número

increíble de personas, a más lectores de los que tiene casi nadie en un país tan poco letrado como éste, y también a otros que hablan lenguas cuya existencia sin duda ignora Manolito. La voz es la identidad del personaje, aunque se haya encarnado pasajera y teatralmente en presencias teatrales o cinematográficas. La voz define a Manolito en la misma medida en que a Lázaro de Tormes o a Huck Finn, dos de sus antecesores, o en la que son la voz y la mirada del doctor Watson las que definen a Sherlock Holmes. Uno abre por cualquier página uno cualquiera de los libros de Manolito y enseguida escucha su voz y queda atrapado por ella, y si es un adicto, la reconoce enseguida, la reconoce con la misma inmediatez que cualquiera de las voces familiares de su vida. Decía Nietzsche que una de las tareas principales de la literatura es lograr con los artificios de la palabra escrita una parte de los efectos del habla, que no se le parece en nada: la naturalidad con la que nos parece escuchar la voz de Manolito es precisamente la prueba de todo el artificio literario que contiene, artificio que no se exhibe vanidosamente a sí mismo, sino que se diluye en la escritura, borrando cualquier traza de su misma presencia. En la literatura española contemporánea hay muy poca habla, porque es lo más difícil de lograr y tiene mucho menos prestigio que las florituras del estilo, pero hay todavía menos niños. Uno lee los libros de Manolito y se lleva la fresca sorpresa de escuchar el habla, y además el habla de un niño, y piensa distraídamente que es que los niños hablan así, y que la autora ha prestado mucha atención a lo que dicen, que ha usado tal vez aquel magnetófono tan denostado cuyo uso se atribuía malévolamente a los escritores realistas de los años cincuenta. (Cómo iban a usar magnetófonos, por cierto, si apenas los había, y si había algunos, eran enormes.)

En realidad, fijándose un poco más, se descubre que Manolito no habla como los niños de la realidad, aunque su habla *suene* a ellos y aunque, por influencia del personaje, muchos niños imiten sus expresiones y sus giros, igual que los imitan muchos adultos, en ocasiones sin darse cuenta. Quiero decir que el habla de Manolito no es el resultado de una especie de muestreo sociológico, de un empeño de mimesis realista, sino la emanación de su carácter, el modo en el que se expresa la peculiaridad irreductible de su persona. El estilo es el hombre, decía Buffon: el estilo es el niño, la voz del



héroe que no crece y que no es el primero en nada, que incluso, según propia confesión, y según el capítulo fundacional de su larga autobiografía, es *el último mono*.

Pero es que resulta que el último mono suele ser uno de los personajes principales de la literatura, y también de los cuentos en la época en que la literatura aún no existía. Casi todas las constantes de lo que en tiempos muy recientes se ha llamado la novela pueden encontrarse en *La odisea*: y en ese poema inagotable, ese relato en el que parece que



están contenidas todas las historias, todas las novelas, un cuidador de cerdos tiene la misma dignidad que un rey, y un perro viejo y ciego que muere nada más reconocer a su amo es retratado con idéntica consideración que el héroe que vuelve. Un perro, un esclavo: cualquiera de ellos es el último mono, igual que Lázaro, el criado hambriento, que Huck, el hijo del borracho del pueblo, que Pulgarcito, el niño diminuto que es el hazmerreir de sus hermanos mayores y acabará salvándolos, que Benjy, el retrasado mental que se muere de dulzura y tristeza al recibir la lluvia o el frío en la cara o al escuchar que unos jugadores de golf dicen la palabra *caddy*.

Manolito, el último mono en su casa, en su colegio, en su barrio, tiene esa genealogía, aunque él no vaya a saberlo nunca, y su fuerza es la de los más débiles, igual que su inteligencia es la de los que no destacan en nada, y la suprema destreza con la que se mueve por el mundo es la de los torpes. Y nos gusta tanto su voz, nos acostumbramos tan rápidamente a ella, con tanta facilidad nos volvemos adictos que no necesitamos que nos cuente grandes aventuras, ni siquiera que nos cuente cosas muy distintas de las que ya nos ha contado. Es más: queremos que todo siga como hasta ahora, que Manolito no crezca, que el tiempo de su vida se quede detenido en ese curso mágico que vuelve a empezar cada septiembre después de otras vacaciones que son las mismas del año anterior. Lo que de verdad nos gusta de Manolito es que cada

vez que empezamos de nuevo a escuchar su voz sabemos que nos va a hablar de un mundo que se parece mucho al nuestro y que sin embargo tiene algo que nosotros hemos perdido: el tiempo sin porvenir y sin decadencia y muerte de la infancia, la plácida juventud perenne de los cuentos y los mitos antiguos.

**Antonio Muñoz Molina**



Ilustraciones de Emilio Urberuaga